

EDITORIAL

LA INVESTIGACIÓN EN DROGAS Y ARTE

Para nadie es una revelación el hecho de que el arte, como la literatura, se constituye en una de las más elaboradas y elevadas expresiones de las facultades humanas y como tal, una de las más permanentes y constantes manifestaciones de la cultura a todo lo largo de la historia del hombre. Y así como hay innumerables evidencias de esta arcaica actividad creadora, hay también las suficientes como para asociar a ella el uso de sustancias psicoactivas, desde los albores mismos de la humanidad.

Pinturas rupestres, esculturas en piedra, cerámicas y piezas de orfebrería, entre otros objetos o artefactos, elaborados muchas veces con fines rituales o asociadas a actividades ceremoniales, bien pudieron ser producidos o concebidos bajo los efectos de el consumo de sustancias psicoactivas, como lo sugieren con mucha frecuencia los contenidos mismos de la obra pictórica o escultórica y su correspondencia con materializaciones de las visiones esotérica, personales o colectivas, alcanzadas bajo el efecto del éxtasis ritual.

Pero no solamente en la antigüedad se dio esta asociación entre arte y drogas o entre literatura y drogas. Bien conocido fue, para contemporáneos y estudiosos de la literatura la existencia, en el París de fines del siglo XIX, del Club des haschischiens al que asistieron, entre otros, renombrados escritores como Rimbaud, Baudelaire, Théophile Gautier, Gérard de Nerval, con el claro propósito –según Escohtado– “de transponer de modo reversible las fronteras de la sensibilidad rutinaria”, mediante el consumo de bien conocidas sustancias psicoactivas.

Y es que ¿que podría ser un momento de inspiración más que un estado especial de sensibilidad, más allá de lo ordinario, bien fuese propiciado por un particular estado de ánimo o por un estímulo ambiental o por efecto de una sustancia?

No en vano las nueve Musas, quienes presidían las artes en la mitología griega y han estado siempre asociadas con esos momentos en los que brota libremente la inspiración, eran hijas de Mnemósine, es decir, de la memoria, una de las así lla-

madras funciones mentales superiores, y condición absolutamente necesaria para la actividad creadora, que puede además verse fuertemente modificada por el efecto de ciertas sustancias psicoactivas que muy probablemente estuvieron presentes en las fiestas o celebraciones en las que, a través de la música y el baile, se invocaba a sus hijas, las Musas.

No será difícil pues sostener que ha de haber una directa relación entre el uso de sustancias psicoactivas que modifican el curso y el contenido del pensamiento, el estado de ánimo y sobre todo las percepciones y la producción literaria y artística, como quedó claramente evidenciado en los años sesenta cuando, como consecuencia del descubrimiento y redescubrimiento, por parte de la juventud de la época, de antiguas poderosas sustancias psicoactivas, cobró un auge inusitado lo que dio en llamarse la cultura psicodélica, con toda su espléndida parafernalia de bellos atuendos, inquietantes pinturas, inolvidables composiciones musicales y en fin, una avalancha tal de creaciones artísticas en todos los campos de la cultura que aún hoy, casi varias décadas después siguen inspirando con su multicolor belleza el cine, la moda, la pintura, la música, los video-performans y otras manifestaciones del arte contemporáneo.

Si aceptamos, desde las neurociencia, que la conciencia es ese maravilloso tapiz que resulta de entretejer, en tiempo real, aquellos hilos de información que resultan del ejercicio neuronal de funciones tales como la percepción, la atención, la memoria, la motivación, la emoción, etc, podremos entender que la conciencia no puede ser una cosa unívoca sino que por el contrario se encuentra altamente diferenciada, es decir, podemos experimentar múltiples estados de conciencia. Así las cosas, es de esperarse que cualquier sustancia que modifique alguna de estas funciones, las aferencias sensoriales, la capacidad de evocar, los sentimientos o las emociones, por ejemplo, necesariamente habrá de producir un diferente estado de conciencia y por ende nuevas posibilidades creadoras.

Otra cosa será el que se considere o no arte el resultado o el producto pictórico o escultórico o literario de un estado modificado de conciencia. Ello no dependerá, por supuesto, de que se consuma o no determinadas sustancias, sino del propio talento del artista y por supuesto, del contexto cultural y lo que en él se considere como arte. Es decir que, ni se requiere de sustancias psicoactivas para ser un gran artista, ni natura da lo que Salamanca no presta.

La pregunta por responder, que sería un buen motivo para una aproximación hermenéutica, es si podrían identificarse formas especiales de creación, en el arte y en la literatura, asociadas a una forma especial de “ver el mundo”, como producto del consumo de determinadas sustancias psicoactivas. Pueda ser que este nuevo número de Cultura y Droga contribuya de alguna manera a resolver esta pregunta.

Tulio Marulanda, Manizales, Noviembre 2005